

en Baviera, en Wurtemberg y en Baden, no respondieron á las esperanzas del partido unitario; y entonces consideróse verosímil que las atribuciones del Parlamento aduanero quedarían reducidas á su objeto primitivo y que se evitaría, á lo menos de momento, la total absorción.

La condición de los mismos príncipes anexionados fué origen de un rozamiento ligero, ligerísimo. El más importante de ellos era el rey Jorge de Hannover: privado de sus Estados, no por esto se había desprendido de la pompa regia, y retirado en Hietzing, cerca de Viena, vivía allí como desterrado que recuerda y espera; y de su ejército había conservado un cuerpo de tropas que aspiraba á subsistir en tierra extranjera con sus cuadros y su personal, como en previsión de futuros combates. Aquella legión que se había refugiado primero en Holanda y después en Suiza, llegó á principios de 1868 á Alsacia con pasaportes austriacos, cosa contraria á todas las reglas internacionales; en vista de ello Prusia desahogó su mal humor contra el gobierno austriaco que daba asilo al rey Jorge y, sobre todo, que había expedido los pasaportes, y de rechazo é indirectamente contra Francia, que ante una reclamación de Berlín hubo de licenciar á aquellas fuerzas, internando á los oficiales en Brouges y dispersando á los soldados en Champaña. La petición prusiana era legítima y no podía ser denegada sin cometer una incorrección; pero, dado el estado de tensión nacido de los últimos acontecimientos, aquella medida no se ejecutó sin cierto disgusto; en la correspondencia del general Ducrot, comandante en aquella sazón de Estrasburgo, encontramos las señales de este mal humor: «Ha habido en esto, escribía, una pequeña afrenta que habríamos podido evitar adoptando desde el primer día, por nuestra propia iniciativa, la resolución que Prusia acaba de imponernos (1).»

Otra controversia algo más grave tenía su origen en el estado del Slesvig. Se recordará que, á petición de Francia, el artículo 5.º del tratado de Praga había estipulado, en provecho de los slevigenses del Norte, el derecho de decidir por medio de un plebiscito si preferían seguir siendo súbditos daneses ó unirse á Alemania. Desde hacía dos años, Prusia eludía el compromiso; y en 1867, una petición puramente oficiosa del gobierno francés había sido rechazada en términos duros y contundentes, diciendo el gobierno prusiano que Francia no tenía derecho alguno á inmiscuirse en la ejecución de un tratado que sólo Prusia y Austria habían suscrito. El gabinete de las Tullerías, fijo en su actitud paciente y justamente persuadido de que el litigio no valía la pena de promover una disputa, había hecho caso omiso de la descortesía de la respuesta. En el entretanto proseguían, aunque sin grande ilusión, las negociaciones entre Berlín y Copenhague: los negociadores prusianos, hábiles en las objeciones dilatorias, fingían no poder precisar ni los límites de los territorios que habían de ser devueltos, ni los lugares en donde debía ejercitarse el derecho de sufragio, y luego estipulaban para la minoría germánica garantías tan complicadas que casi habría valido más hacer un tratado especial

(1) General Ducrot, *Sa vie et sa correspondance*, tomo II, página 217.

para cada súbdito alemán. En una nota del 9 de diciembre de 1869, Dinamarca hizo constar con tristeza los obstáculos que se oponían á una inteligencia; mas, á pesar de tantos desengaños, quedaba todavía un resto de esperanza en la consideración de que gozaba el emperador Napoleón, y á esto obedeció la venida á París, á principios de abril, de uno de los ministros de Cristián IX. Entonces pudo verse toda la aspereza de una política resuelta á no hacer concesión alguna. En cuanto se tuvo noticia del viaje, una parte de la prensa alemana se desató en palabras violentas contra el gobierno imperial y los círculos oficiosos de Berlín rivalizaron en rechazar todo consejo, toda intervención de Francia, perpetuándose de esta suerte la insignificante contienda que sólo gracias á nuestra prudencia no degeneraba en conflicto.

¿Acabaría por agotarse esta paciencia? Una susceptibilidad inquieta obstinábase en ver en todas partes síntomas de la próxima lucha, y el público francés, en tal disposición de ánimo, daba á todas las palabras pronunciadas allende el Rhin el sentido de una amenaza ó de un presagio. Un día (era el 16 de septiembre de 1868), en lo más fuerte de las transacciones bursátiles, circuló la noticia de que el rey Guillermo había pronunciado en Kiel un discurso belicoso en el que había dicho que en ciertos momentos la necesidad de la guerra se imponía, así á los príncipes como á los pueblos, añadiendo que las mejores garantías de seguridad descansaban en la fuerza de los ejércitos y de las escuadras. Este simple resumen telegráfico introdujo entre los especuladores el miedo que no tardó en convertirse en pánico, y durante una hora se sucedieron sin cesar las ventas de todos los valores por igual arrastrados en la baja. Muy pronto un aviso de la autoridad restableció el verdadero texto de la arenga real, que no tenía nada de conminatoria y á lo sumo era ambigua, y que se refería á las guerras pasadas y no á las complicaciones futuras. Al día siguiente, el mismo monarca prusiano, que se dirigía á Hamburgo, mostró gran empeño en explicar su lenguaje y en despojarlo de toda significación agresiva. Restablecióse la calma después de la corta borrasca y los que más se habían alarmado fueron los que más pronto se burlaron de los temores. Dada aquella excitación nerviosa, ¡cuál no había de ser la influencia de una frase mal comprendida, de un acto mal interpretado! El conflicto nacería á la vez del espanto que no razonaría y de la irritación que no podría contenerse; y encontrando más insoportable que el peligro inmediato la perpetua espera de la crisis, una mezcla de turbación desatinada y de jactancia loca nos arrojaría ciegamente contra el enemigo.

Durante el invierno de 1868 á 1869, otro incidente muy instructivo demostró claramente la fragilidad de la paz. La *Compañía del Este* había adquirido, por virtud de un arreglo amistoso, la explotación de varios ferrocarriles belgas, á saber, los del *Gran Luxemburgo* y los del *Liegés Limburgués*. Es indudable que el proyecto de fusión fué inspirado por Napoleón y que, en la mente del soberano, estaba enlazado con un plan general, cual era promover gradualmente una unión comercial más ó menos estrecha entre Francia y Bélgica. El propósito, aun en tales proporciones, resultaba muy modesto comparado con los que hacía poco ha-

bían transformado á Europa; y sin embargo, al tener conocimiento de él, el rey Leopoldo se alarmó, protestó contra la introducción de una sociedad extranjera en un gran servicio público, negóse á aprobar el convenio y aun hizo votar por las Cámaras una ley que prohibía toda cesión ó enajenación de las líneas concedidas. Aquella negativa causó en París gran indignación y la prensa oficiosa empleó contra Bélgica un lenguaje violento; y en Bruselas no quisieron volverse atrás porque, decían, iba en ello la dignidad y la soberanía nacional. ¿Cuál era el secreto de tan enérgicos ataques y de tan terminantes réplicas motivados por un acto relativamente secundario? ¿Qué causa repentina acababa de «levantar una nube entre dos antiguos amigos,» según la frase usada por el Sr. Malou en el Senado belga? La imagen de Bismarck, indiferente en apariencia, pero presente en todas partes, centrase sobre toda aquella negociación; gracias á él, todo lo que era sencillo hacía complicado, todo lo que era inofensivo convertíase en peligroso. El gobierno belga, aparte de la preocupación muy respetable de su independencia, debió temer que, si cedía á nuestros deseos, Prusia le consideraría como cómplice nuestro; y Francia, á su vez, creía ver en la resistencia á sus propósitos el resultado de consejos extraños y de aquí sus ruidosas quejas que no pasaban por la bondadosa Bélgica más que para llegar de rechazo hasta Berlín. Después de algunas semanas de violentas controversias, quedaron definitivamente descartados los convenios con las compañías y se buscó un medio de transacción en la organización de un servicio internacional. Aquella contienda de escasa importancia, aunque muy apaciguada, había de dejar su enseñanza: en lo sucesivo, dadas las disposiciones recíprocas de los ánimos, no habría debate, por modesto que fuese, del que no pudiese surgir repentinamente la guerra.

III

En medio de aquel estado de ansioso malestar y de perpetua alarma, prodújose el doble esfuerzo, por parte de los militares para aumentar los recursos de la defensa nacional, por parte de los diplomáticos para concertar alianzas. Este es el momento oportuno de exponer en qué se manifestó este doble propósito y qué influencias hicieron inútiles é ineficaces estas tentativas.

La gravedad de los acontecimientos, la índole de los peligros que eran de temer y las fuerzas del enemigo á quien había que combatir, todo señalaba á los militares el primer lugar; de ellos, pues, hemos de hablar en primer término.

Después de las grandes equivocaciones de 1866, un hombre había encarnado en su persona los presentimientos, las previsiones, las alarmas de la patria; este hombre era el mariscal Niel. Ya hemos visto cómo precipitó los armamentos cuando la cuestión del Luxemburgo, y cómo defendió en el Cuerpo legislativo la ley sobre el ejército, ley cuya eficacia había de depender de la persona que la aplicara. Niel parecía estar á la altura de tan importante tarea: activo por naturaleza, lo era también por previsión de los peligros próximos, y juzgaba que entre Francia y Prusia no existía una paz sólida, sino un simple armisticio. ¿Cuándo sería denun-

ciada la tregua? El mariscal lo ignoraba, pero sentía ansia de estar dispuesto, y una pasión intensa, mezcla de patriotismo y de ambición, le impulsaba á no perdonar esfuerzo alguno en los demás ni en sí mismo y á consumir en aquella empresa todas sus energías hasta el punto de dejar la vida en ella.

El primer cuidado había de ser aumentar el número de soldados, y en este sentido dedicó su atención á la guardia móvil y se consagró á crear los cuadros de la misma, empezando por los departamentos del Este (1). La empresa requería la buena voluntad del Cuerpo legislativo, que había de votar los créditos, y la del país, que había de soportar las cargas; y como uno y otro concurso parecían poco entusiastas, el mariscal vióse precisado á emprender por diversos lados la obra que no podía impulsar activamente. Sin embargo, el número sin el armamento nada significaría; de aquí que uno de los principales cuidados fuera completar la fabricación de los fusiles Chassepot, esa arma nueva recientemente adoptada para la infantería y que en aquel entonces no tenía rival en Europa (2).

Una previsión siquiera mediana aconsejaba estudiar sobre el terreno los recursos de aquellos que tal vez mañana serían nuestros enemigos. Ya en los años precedentes el general Bourbaki había visitado los campos de instrucción del ejército prusiano, y el general Lebrun, durante el otoño de 1867, había recorrido las orillas del Rhin y luego, acompañado del comandante Berge, había ido á Bélgica, al polígono de Brascoet, en donde se realizaban las pruebas de tiro con cañones del modelo alemán (3). En 1868 y 1869 confióse á algunos oficiales la misión de explorar la Prusia y la Baviera renana, de reconocer el Rhin desde Estrasburgo á Dusseldorf y de estudiar la red de caminos que conducían á Berlín. Aquellos oficiales, acreditados unos por la vía diplomática, pero en su mayoría investidos de misiones oficiosas, trajeron de sus viajes trabajos topográficos, fotografías, proyectos de operación y también memorias sobre los recursos de las comarcas que habían recorrido. Los informes, remitidos al depósito de la guerra, fueron sometidos al examen del ministro y algunos comunicados al emperador, y todos, según se afirma, confirmaban los que en aquel mismo tiempo enviaba Stoffel desde Berlín (4).

En los departamentos fronterizos era en donde más necesaria se hacía la vigilancia. Por esta razón el general Frossard, en previsión de una invasión alemana, reconoció é indicó varias posiciones defensivas: en Alsacia, la de Werth; en Lorena, la de Cadenbronn. Por su parte, Bazaine, que á su regreso de México había sido nombrado comandante militar de Nancy, aconsejaba que se fortificara Frouard con algunas obras de campaña y que se formara un vasto campo atrinchado en la meseta de Haye. El más activo de todos los generales era Ducrot, comandante de Estrasburgo; y aun quizás lo era con exceso. Unas veces, vestido de

(1) Véase *Souvenirs militaires* del general Montaudón, páginas 33-35.

(2) Véase el discurso del mariscal Niel en el Cuerpo legislativo, 4 de marzo de 1868.

(3) General Lebrun, *Souvenirs*, pág. 35 y siguientes.

(4) General Jarras, *Souvenirs*, págs. 9-12. — Véase *Revue militaire*, año 1900, pág. 513.

paisano, acompañaba á los ingenieros de puentes y calzadas y de navegación en sus excursiones por el Rhin; otras, penetraba en Alemania, llegaba hasta Darmstadt y veía al gran duque y al Sr. de Dalgwick; y luego mezclaba en su correspondencia los informes diplomáticos con los informes militares, y después de haberse hecho eco de ciertos agravios ó de cierto mal humor, deducía de ello, algo precipitadamente, la hostilidad de las poblaciones alemanas contra Prusia. Desde su puesto avanzado, no cesaba de espiar las palabras, los actos, las gestiones de aquellos á quienes consideraba ya como enemigos, y su alma, valiente y apasionada, aspiraba á la acción: «El mejor medio de defender el Rhin, escribía, es atravesarlo.» Tan atrevido lenguaje producía cierta perplejidad en el ministerio de la Guerra, en donde se consideraba al general como un auxiliar casi tan comprometedor como útil. Ducrot no se desconcertaba ni por el silencio con que eran acogidas sus comunicaciones, ni por las censuras indirectas que á veces se le dirigían; deseaba la guerra, la guerra en breve plazo, y esta conclusión no dejaba de revelar cierta inconsecuencia, porque el mismo hombre que aconsejaba insistentemente la lucha, denunciaba con tanta obstinación como nadie las deficiencias de preparación, las insuficiencias de efectivo, en una palabra, todo lo que había de hacer improbable el triunfo (1).

Lo que se sabía de la ciencia prusiana despertó un principio de emulación, pudiendo observarse en aquella época numerosas tentativas para fomentar en el ejército francés la afición al trabajo personal. En el ministerio de la Guerra se organizaron conferencias que habían de permitir á los militares inteligentes é instruidos desarrollar delante de sus jefes y de sus compañeros los temas que les eran familiares; y habiéndose generalizado esta costumbre, no tardó en propagarse á los regimientos (2). De la multitud indiferente y desdeñosa surgían algunos oficiales que silenciosamente hacían profundos estudios de estrategia, topografía, idiomas y geografía, publicándose en aquel entonces varios libros ó memorias que atestiguaban una orientación completamente nueva, y que eran originales de militares jóvenes todavía, como el comandante Fay, el comandante Berge y el coronel Lewal, que más adelante habían de ser jefes del ejército.

Una institución nueva, la de los ferrocarriles, había de modificar indudablemente las condiciones de las luchas futuras. En 15 de mayo de 1869 creóse una comisión ministerial para organizar la cuestión de los transportes en tiempo de guerra, comisión que determinó la composición y la velocidad de los trenes militares; estudió los medios de asegurar, sea en las estaciones, sea en plena vía, el embarco y desembarco de hombres, caballos y artillería; propuso la construcción de muelles especiales en Estrasburgo, en Metz y en el campo de Chalóns, y mandó formar cuadros estadísticos que permitieran conocer los recursos de cada estación y los de cada compañía. En el mes de agosto de 1869 tenía muy adelantados sus trabajos y nada hacía

(1) Véase *Vie et correspondance* del general Ducrot, tomo II, *passim*. — Véase también Trochu, *Œuvres posthumes*, tomo I, páginas 252-253.

(2) Véase las circulares de 25 de noviembre de 1868 y de 19 de noviembre de 1869 (*Journal militaire officiel*).

prever que su labor hubiese de quedar incompleta (3).

Las revoluciones realizadas en el arte de la guerra hacían necesarias urgentes reformas en determinadas armas. Las nuevas máquinas de largo alcance y de tiro rápido transformaban el papel de la caballería, la cual, impotente para obrar por grandes masas, tendría en lo sucesivo como atribución principal informar al comandante en jefe, servir de exploradora avanzada á las columnas, mantener las comunicaciones entre ellas y acosar incesantemente al enemigo. A estas nuevas necesidades respondió una instrucción para el servicio de la caballería en campaña (4). Por lo que toca al estado mayor, que reclamaba una reorganización completa, intentáronse algunas reformas, pero fueron parciales y tímidas (5).

En el entretanto, los informes recogidos sobre la artillería prusiana justificaban que se abrigaran grandes temores para el porvenir: «Estoy consternado de lo que acabo de ver en Brascoet,» decía el comandante Berge después de haber presenciado las pruebas del ejército belga que había adoptado el cañón prusiano (6); pero, desgraciadamente, los generales que estaban al frente de las armas generales, los miembros del *Comité*, como se les denominaba, no se dejaban persuadir. El espíritu de innovación, á lo sumo, se aplicaba á otras cosas. En los talleres de Meudón procedíase muy misteriosamente y bajo los auspicios del emperador á la construcción de unos cañones llamados *ametralladoras*, y por anticipado se encomiaban los efectos terribles de estas máquinas que, según se afirmaba, aniquilarían al enemigo bajo una verdadera lluvia de fuego, y á las cuales ninguna infantería podría resistir.

Tal es, en resumen, la obra intentada por Niel, que deja en el ánimo la impresión algo triste de una buena voluntad tenaz, hasta imperiosa, pero por todos lados dificultada. En ella se disciernen, más que propósitos llevados adelante con vigor, comienzos de ideas, y muchas de las innovaciones en la misma contenidas no habían de durar sino lo que durara el ministerio y habían de caer en descrédito ó en desuso aun antes de la gran guerra. El secreto de esta impotencia está en la situación misma del mariscal, quien encontraba en su tarea de reformador tres clases de resistencias: las del ejército, las del Cuerpo legislativo y, sobre todo, las del público.

Muchos jefes del ejército no se explicaban que se variaran prácticas que en cien ocasiones habían sido consagradas por la victoria y consideraban que á los soldados les bastaba con ser valientes, y que en cuanto á los generales la inspiración podría suplir á todo lo demás en el campo de batalla. Entendían, por consiguiente, que si algún día estallaba un conflicto, ya se *saldría del paso*, como se había salido en Africa, en Crimea y en Italia; y esta confianza un tanto fatalista para nada necesitaba de labores largas y pacientes.

(3) Véase Jacqmin, director de la Compañía de los ferrocarriles del Este, *Les chemins de fer pendant la guerre*, págs. 33-48. — Véase también Jarras, *Souvenirs*, págs. 16-19.

(4) Véase circular de 24 de septiembre de 1868 (*Journal officiel militaire*, 1868, 2.º semestre, pág. 143).

(5) Véase d'Andlau, *Metz, campagne et négociations*, pág. 474. — Véase también *Journal officiel militaire*, 1869, 2.º semestre, páginas 5-13.

(6) General Lebrun, *Souvenirs militaires*, pág. 40.

Cuando se vió que algunos capitanes jóvenes discutían en conferencias dadas en el ministerio de la Guerra las más elevadas cuestiones de estrategia, menudearon las críticas y las burlas y se dejó de rendir tributo á la meritoria aplicación de la mayoría para no ver más que la

por la pereza, hacía que prefirieran ajustar sus actos á las ideas del jefe directo, que estaba cerca, á buscar el favor incierto del ministro que estaba lejos. Un día el general Jarras, director del depósito de la guerra, en una conversación que tuvo con sus subordinados,



El general Ducrot

presunción de unos cuantos. Aquellos militares disfrazados de profesores parecieron extravagantes en grado superlativo; y las memorias, los informes, los viajes de exploración produjeron la misma solapada sorpresa. El mariscal Niel, con obstinado celo, recomendaba el estudio; pero la recomendación se enfriaba al pasar por la boca de los generales, y al llegar á los últimos peldaños de la escala, iba acompañada de reservas, de incredulidad, de burla. Los oficiales no dejaban de percatarse de estas corrientes contrarias, y esto, ayudado

aventuróse á encomiar el trabajo como el medio mejor para prosperar; y á pesar del respeto jerárquico que merecía, sus palabras fueron interrumpidas por ruidosas protestas, pronunciándose inmediatamente muchos nombres: eran los de aquellos á quienes la ignorancia no les había impedido ascender.

Varias tendencias contrariaban además los propósitos del mariscal. Muchos militares temían que transformando demasiado profundamente nuestras instituciones se hicieran patentes nuestras debilidades y se pro-